

# Los espíritus de la guerra

*Melissa González Pabón*

Detrás de una cortina, Eduardo Pabón encontró al más joven de la familia Martínez, orinado en los pantalones de puro miedo y era lógico pues había presenciado la peor de las escenas. Los abuelos de Tuluá lo recuerdan bien. Yo era apenas una adolescente pero aún veo el miedo en los ojos de mi padre el día que asesinaron a Gaitán, dice Teresa de Pabón, esposa de Eduardo, liberal de nacimiento y fiel crítico de esta guerra que para él fue absurda. Tendría 28 años cuando murió el líder Jorge Eliécer Gaitán en 1948 en una calle de Bogotá.

Tuluá, ciudad donde vivía junto a Teresa, vivió una de las peores noches de todos los tiempos. Minutos después de asesinado Gaitán, la emisora Nueva Granada había interrumpido su programación para emitir música fúnebre, de hecho se dijo que la violencia del 9 de abril fue producto de la irresponsabilidad de muchas emisoras que convocaron a la toma de las armas y al saqueo de almacenes y edificios públicos.

El bipartidismo en [Colombia](#) atañe al período de dominio que tuvieron los partidos políticos [liberal](#) y conservador entre 1945 y 1965. La violencia trajo consigo un proceso acelerado de urbanización alimentado principalmente por el desplazamiento de la población. Entre los municipios más azotados por el accionar del bipartidismo se destacan las poblaciones no conservadoras de la Cordillera Occidental, particularmente Tuluá, donde el grupo de “los pájaros” comandados por un reconocido personaje llamado León María Lozano, alias “El Cóndor”, causó muchas muertes. En este municipio se destacaron actores como los hermanos Marín y los evangélicos del ala conservadora.

El día que mataron a algunos miembros de la familia Martínez conformada por el padre Diego Martínez, la madre Adriana Angulo y sus tres hijos varones, Tuluá despertaba de una serie de asesinatos. Los Martínez eran conservadores y aun así trabajaban en la casa de los Pabón que eran liberales. Habían llegado desde la Unión-Valle como unos campesinos desplazados, y encontraron en Eduardo un amigo y patrón. Unos días después del Bogotazo, un día sin fecha, porque ni Eduardo ni Teresa recuerdan bien, la pareja había salido a eso de las 7 de la mañana. Estaban caminando unas cuatro calles debajo de su casa ubicada en el barrio Villa Manuelita, justo enfrente de la antigua ferretería “Vélez” e iban hacia la iglesia Barragán. En ese momento les llegó la trágica noticia. “El Cóndor” había comenzado su campaña conservadora con la orden de asesinato de más de 30 líderes del partido liberal del Valle.

Eduardo cuenta que “sólo eran asesinatos selectivos, muchos sabían quiénes iban a morir, pero luego empezó a ser algo indiscriminado y a uno de nuestros vecinos lo asesinaron esa mañana”. Teresa, quien entonces tuvo un mal presentimiento, decidió desviarse del camino hacia la iglesia y dirigirse hacia la casa de una de sus tías, en donde pasaron la noche.

Al otro día encontraron un cuadro devastador. Su casa había sido saqueada y peor aún su mayordomo, Diego Martínez, yacía inmóvil en la entrada lleno de sangre. “Habían asesinado a

todos. Yo cogí a Teresa de la mano, y entré, no entendía por qué habían escogido mi casa, y luego vi muertos a su esposa y a sus dos hijos mayores. Todos tenían tiros de gracia, y luego encontré al menor de los Martínez, quien a sus escasos 8 años había logrado esconderse detrás de una cortina...estaba muerto del miedo y llorando...Cuando el niño se calmó dijo que no recordaba nada, solo que a su papá lo habían matado por conservador. Luego de eso se lo llevaron sus abuelos y no supimos más de él”

Hoy en día el antiguo hogar de los Pabón, sigue en pie en el barrio Villa Manuelita al sur de de la ciudad. Si usted conoce la Ferretería Vélez o si le pregunta a los habitantes del barrio todos sabrán indicarle cuál casa es. Ni Eduardo, ni otro miembro de la familia han vuelto, pues vendieron la casa cuando se mudaron a Cali. La casa se reconoce entre los vecinos por los ruidos que por la noche se escuchan. Adriana Beltrán, antigua vecina de la familia cuenta que “mucha gente cree que hay fantasmas dentro, hasta la gente que no sabe del asesinato de los Martínez”.

El señor Arbey López actual propietario, asegura que dentro se encuentran los espíritus de los muertos que buscan desesperadamente al menor de la familia y que es casi imposible dormir ahí sin ser asustado”. El sábado 11 de septiembre me fui rumbo a Tuluá, en busca de la casa junto a mi madre, quien es hija de Eduardo, mi abuelo. No fue difícil encontrarla. Es una casa de dos pisos, blanca, con balcones negros y ventanas grandes. No ha cambiado mucho por lo que me dice mi madre, es muy al estilo colonial y aunque sus paredes están desgastadas y se le han caído varias tejas del techo, aun conserva su histórica belleza. Al pasar por el frente sentí un frío extraño, de esos que llegan a la nuca como si te respiraran encima. Quizá haya sido un simple efecto de la imaginación, tal vez un fantasma.

Lo único que puedo asegurar es que el miedo que tuve no se compara con el que debió haber sentido el menor de los Martínez al presenciar la muerte de su padre, su madre y sus dos hermanos mayores, en un lugar que hoy muchos tuluños llaman “el hogar de los espíritus”.